

EL AGUA Y LA PALABRA

José G. Ladrón de Guevara



José G. Ladrón de Guevara (Granada, 1929). Escritor y periodista, funda y dirige la colección de poesía "Veleta al Sur" junto al poeta Rafael Guillén. Pertenece al grupo "Versos

al aire libre". Colaborador de los periódicos granadinos Patria, Ideal y Hoja del lunes. Participa en las Jornadas Granadinas en la UNESCO, París. Organizador, con otros literatos y artistas granadinos del primer homenaje público a Federico García Lorca, en Fuente Vaqueros (1975). Colabora en la redacción de la Enciclopedia de Andalucía (primera edición). Constituye en Granada el Partido Socialista Popular, presidido por Enrique Tierno Galván. El 1979 es elegido Senador del PSOE por Granada, y reelegido en dos legislaturas posteriores, integrándose en las Comisiones de Educación, Cultura y Asuntos Iberoamericanos. En 2002 es elegido miembro de la Academia de Buenas

Letras de Granada. Tiene la Medalla de Oro de la Ciudad de Granada. Actualmente vive retirado en la costa granadina, manteniendo su colaboración con el periódico Ideal. Ha publicado los libros de poesía Tránsito al mar, Mi corazón y el mar, Solo de hombre, Romancero del Ché Guevara, Cancionero/Sur, El corazón en la mano, Fuego graneado (coplas satíricas), A tus manos me entrego y Poemas inéditos traspapelados. En prosa: Las plazas de Granada, La Malafollá granáina y La columnata del búho.

Nota del autor.

Los once primeros poemas pertenecen al libro "A tus manos me entrego". Editorial Alhulia, 2002. Los dos siguientes a "Poemas inéditos traspapelados". Edición Academia de Buenas Letras de Granada, 2005. Los dos últimos son inéditos.

SOY un hombre de secano.
Muchos años de sequía,
veintitantos, día por día,
me encadenaron la mano
a esta vida de barbecho.
Miro al mundo y ya está hecho.
Qué le puedo yo añadir.
Por algo soy español,
buscaré un rincón al sol
para ponerme a morir.

LA lluvia se ha volcado sobre un grupo de niños.
Los niños se apretaron donde no alcanza el viento.
El viento empuña un palo persiguiendo a los gatos.
Los gatos se defienden subiéndose a la luna.
La luna se entretiene charlando con un guardia.
El guardia considera que le aprieta un zapato.
El zapato solloza cuando mata una hormiga.
La hormiga regresaba de la copa de un árbol.
El árbol se ilumina colgándose de un trueno.
El trueno cierra el ojo perpetuo de los peces.
Los peces desgraciados se arrojan a la arena.
La arena, desde lejos, recuerda a una muchacha.
La muchacha se duerme de espaldas al espejo.
El espejo se muere, convirtiéndose en lluvia.
La lluvia se ha volcado sobre un grupo de niños.

SUBO al aire dorado que te envuelve,
lo respiro y obtengo tu alegría.

Bajo al pozo de aroma donde duermes
y en tu espeso calor me deshabeto.

Subo al modo de hablarme, cuando afirmas
que amarnos se deduce de un milagro.

Bajo al agua celeste de la tarde,
donde acodas tu risa anaranjada.

Subo al nublo que obtura tu horizonte,
tú prosigues después de la marea.

Bajo al pie de la arena: tus palabras
son los peces perdidos y olvidados.

Subo al humo de un barco que se aleja.
Tú viajabas y, acaso, yo muriendo.

Y bajo al corazón del oleaje.
(El mar sube dos dedos de amargura).

HASTA mi llega el brazo
de la nieve más alta.
(Mi corazón se enfría
bajo un cielo que abrasa.)
Hasta mi sube el grito
más profundo del agua.
(Mi corazón se quema
sobre un vidrio de escarcha.)

Corazón mío.
De sol y nieve.
Caliente y frío.

YO planté mi corazón
sobre tierra de secano,
y el calor me lo secó
a la mitad del verano.
La culpa la tuve yo.

AMORES que van de paso,
déjalos, niña, pasar.
Yo no sé de ningún río
que haya vuelto de la mar.
Y aquella que yo quería,
cualquiera sabe, señores,
dónde desembocaría.

DE tal modo me ausento cuando llueve,
que hasta olvido las letras de mi nombre,
perdiendo la certeza cotidiana
de verme en el espejo ser quien soy.

La lluvia me descubre otra persona.
Me moja de aquel hijo que mi padre,
sollozando, besaba en un retrato,
aquella madrugada de su noche.

Porque sólo lloviendo me conozco,
donde el cielo acristala su techumbre
y escarcha el corazón de la memoria.

Sale el sol. Si me asomo a la ventana
quien regresa, empapado como un llanto,
soy yo mismo que vengo de otra infancia.

CERRÓ el libro, los ojos, la cortina,
la lámpara, el armario, una carpeta,
el álbum de la infancia. Y la maleta
con el nombre borroso de Alfonsina.

SE miró en el espejo de su mano.
Sonrió de tal modo que alumbraba
lo oscuro de su casa. Resonaba
por la noche el rumor del océano.

Dejó dicho que nunca volvería.
– Si llama quien tú sabes, que me he ido.
Y se fue, paso a paso, hacia el olvido
por el largo arenal de su poesía.

(Como un libro de lluvia, sobre el mar,
Alfonsina se abrió, de par en par.)

TE recuerdo junto al mar. Y enmarcada
por la orla de un viento biselado,
bajo el sol vertical, tornasolado,
de aquel día que fuera tu mirada.

Te retrato al trasluz del derrotero
que apaisaba una luna navegante,
la noche del naufragio, en el instante
de irse a pique tu corazón velero.

Y allí quedan los restos. Por la raya
donde el mar nos devuelve a la memoria
los náufragos de aquella triste historia
escrita sobre el pliego de una playa.

Sobre el papel mojado de un paisaje
que borró para siempre el oleaje.

ESTA tarde, la lluvia, aquí, conmigo,
deshojando su ramo de jazmines,
me acompaña a la luz de la memoria
donde resides.

Esta tarde, lloviendo, te vislumbro
asomada al paisaje de otro otoño,
cuando ensaya Chopin sus infortunios
por los aleros.

Esta tarde, ordenando mis recuerdos,
me encontré con tus manos que ahora bordan
los pañuelos mojados por la lluvia,
allá en tu infancia.

Y he guardado mi amor en el armario,
con la ropa y los días del verano,
hasta el tiempo feliz, si es que sucede,
de nuestro encuentro.

(El agua nuestra de cada día)

Si el agua es el principio de la vida,
loada sea la lluvia, cuando llueve,
y traspasa la tierra, lenta y leve,
como el aire que nos roza una herida.

Porque el agua convierte, lentamente,
las semillas en flores y alimento,
y el beso generoso de la fuente
se disuelve en la boca del sediento.

Sea el agua bendita y alabada
por lo mucho que vale. Y su escasez.
De ninguna manera malgastada.
Consumida con tiento y sensatez.

Y porque el agua es un bien escaso
aprecia lo que vale un sólo vaso.

LA evidencia del mar no es la marea
ni el asalto contínuo de las olas.
Fue la nave de Ulises, navegante,
trazando el horizonte, reduciendo
las distancias del mundo a singladuras,
arribadas, anclajes, cabotajes.
Fue Alfonsina, flotando a la deriva
como un buque fantasma entre la niebla.
Magallanes, que zarpa y no regresa.
El terco y valeroso violinista
del "Titanic", tocando hasta el acceso
del agua al interior de su instrumento.
Porque el mar se inaugura con la muerte
del primer marinero que naufraga,
y aparece en la orilla, ya sin barco,
a bordo de la espuma que lo lleva.
El mar no existiría sin los hombres
que surcaron su anchura, prolongando
los caminos más largos de la Tierra.

Aquellos que descubren continentes,
las ínsulas desiertas, litorales
que alguien, luego, dibujará en los mapas.
El mar, sin los bañistas del verano,
sin marinos fumándose un amor
encontrado y perdido en cada puerto,
sin batallas navales, ni piratas
jugándose la vida al abordaje,
sin artistas pintando a la acuarela
los veleros al paio de la brisa,
el faro del insomnio, luminoso,
y el buzo que desciende hacia lo oscuro,
no sería posible descifrarlo,
descubrir sus tesoros sumergidos,
fotografiar su furia, su paciencia,
sus repentinos cambios de colores.
Calcular los milenios de su historia,
desde aquel fogonazo que alumbrara
el vaivén de su hermosa certidumbre,
la terrible emoción de su presencia.
Su nocturna estrategia. El misterioso
principio de la vida. Y lo que somos.

HOY navego a favor de la memoria.
me adentro en la alta mar de los recuerdos.
Tengo a mano palabras que me anuncian
la dirección del viento, el previsible
naufragio, esta noche, del "Titanic".
Navegamos, tú y yo, y a la deriva,
pasajeros a bordo de un navío
borrado del paisaje por la niebla.
Sabemos que la tierra está lejana,
que abundan, por aquí, los tiburones,
y aviadores suicidas japoneses,
acaso submarinos alemanes.
Pero la nave va. Y es nuestro mundo.
Nuestra casa con vistas a la vida.
El sofá, donde a veces me despeinas.
La foto que nos mira de reojo.
Y el aire compartido. Y la penumbra.
Navegamos sin rumbo. Y algún día
llegaremos al puerto aquel. Ya sabes.

Por lo pronto viajamos, que no es poco,
cruzando la espesura de los sueños,
flotando al vaivén de la memoria,
a merced de las olas, de los vientos,
del azar que nos marca el derrotero.
La sirena de otro barco nos grita
que no somos los únicos. Peligro.
Podríamos chocar contra la muerte.
Recuerda la tragedia del "Titanic".

DESDE el mar viene la vida,
y al vaivén de su oleaje
desemboca en el paisaje
de la Tierra Prometida.
Gota a gota, conducida
por el viento, se derrama
sobre el silencio, y proclama
la primera primavera.
Cuando se enciende, y prospera,
la vida. Como una llama.

Como un fuego forestal
la vida se multiplica.
Se propaga y edifica,
sobre el suelo vegetal,
la historia del animal
que con el hombre culmina.
Y con el hombre camina,
día a día, paso a paso,
hasta el penúltimo vaso
de agua fresca y cristalina.

Mientras transcurre el viaje,
y pues el agua es la vida,
no la demos por perdida,
defendedla, con coraje.
Yo siempre, por equipaje,
llevo un sorbo de agua clara
por si no lloviera. Para
calmar la sed. Por si acaso
me equivoco, pierdo el paso
y el amor me desampara.

(Variaciones sobre un mismo tema)

UN vaso de agua para el verano.
Un golpe de lluvia sobre el paisaje.
El agua que despierta al molinero.
El río que se para en la alameda.
La nieve, asomada a la ventana.
El pilón donde beben los caballos.
Los pájaros bañándose en los charcos.
Los barcos, dibujados sobre el mar.
La ceguera del agua subterránea.
El espejo del agua hecho añicos.
La humedad que socava una muralla.
El agua que chorrea por tu espalda.
Una gota de llanto en la mejilla.
El agua donde pudo ser la vida.
El océano, a bordo del "Titanic".
La nube negra cargada de nieve.
El agua que hace falta para un río.
La última lágrima de Boabdil.
El agua con sabor a crisantemos.
El agua paralítica del hielo.
La espuma de las olas que te abrazan.
La música nocturna de una fuente.

El mar encuadrado de la infancia.
Trasvase Zaragoza Barcelona.
El estanque donde se ahogó la luna.
El llanto de la lluvia sobre el mar.
Aquel chorro de agua, ya no salta.
Las calles de Paris con aguacero.
El arcángel del agua se evapora.
El agua bailarina de la fuente.
El agua libre, cuando se derrama.
La ciudad de Venecia a la deriva.
La tristeza del agua empantanada.
Jesucristo, de pie, sobre las olas.
El mar amante de Alfonsina Storni.
Agua, para las manos de Pilatos.
El agua que se remansa en tu cuerpo.
Agua para los peces de colores.
El agua que desemboca de un beso.
Gota a gota, se agotará la vida.
Aquella ciudad que enterró su río.
El agua soñolienta del aljibe.
El agua dulce no tiene sabor.
El agua que endereza una amapola.
El agua que nos corre por las venas.
El manantial oculto que se empina.
Mi madre, regando la yerbabuena.

